

# INVESTIGACION Y DOCENCIA



ORGANO DE LAS ESCUELAS Y  
DEPARTAMENTOS DEL INSTITUTO  
UNIVERSITARIO SANTO TOMAS  
DE AQUINO DE TUCUMAN

# INVESTIGACION Y DOCENCIA

PUBLICACION DE LAS ESCUELAS Y DEPARTAMENTOS  
DEL INSTITUTO UNIVERSITARIO "SANTO TOMAS DE AQUINO"



AÑO I

1960

NUM. I

Biblioteca  
SISTO TERAN

SAN MIGUEL DE TUCUMAN — ARGENTINA

LA VERDADERA UNIVERSIDAD

*Mario J. Petit de Murat, O. P.*

— *Introducción* Estamos en hora de la Historia semejante al cuatrocientos de Roma (desp. d. C.) y al 1400 de la Era Cristiana. Es decir, una Edad del mundo cae: La Moderna, mejor llamada Burguesa. Su estructura histórica se quiebra enroscándose en bajas luchas y desgarramientos de mercados fabulosamente abultados; el hierro al rojo y la atomización de las cosas es la herencia del imperio absoluto de la Industria y el Comercio propio de esta Era.

Lo peculiar y más grave en toda caída histórica es la crisis intelectual que siempre la acompaña. La razón se enloquece y al fin desmaya como si hubiera entrado en una disparatada sala de espejos. Por una parte, se argumenta con retardo —así los políticos liberales de nuestros días— enarbolando cadáveres y sirviendo cadáveres a los pobres pueblos desvalidos; por otra, los más fuertemente orgullosos y perversos se desbocan tras ilusiones que nunca llegan, mitos de progresos que son engrosamiento y sistematización de la decadencia que quisieran superar.

En tal situación urge, ante todo y por amor a todos, evitar conceptos supuestos. Debemos mirar las cosas al desnudo; pensar con principios que permanezcan eternos en medio de la caída de los puramente históricos. No podemos discutir términos ni fundar

nuestras actitudes en otras actitudes. No hay tiempo que perder; aquéllo nos llevaría a la deriva, de manera inexorable, en la general ruina. Se plantea una tarea importante, tanto como la suerte de nuestra carne y de nuestro espíritu: La realidad, sobretudo la humana, nos mira con rostro sangrante, pidiendo que, al fin, se la vea. Es necesario enfrentarnos con las cosas hasta deshollarnos en sus escarpadas laderas: Hasta alcanzarlas; descubrirlas en su limpidez primera, en el silencio regenerante de la verdad, por encima de las hundidas disputas. Ello nos permitirá vivir de nuevo y engendrar atinadamente otra Era. La única respuesta en la medida de los tiempos es plantarnos, despojados, en medio del desmoronamiento, con los ojos lavados por los escarmientos y las enmiendas.

La labor fundamental corresponde a la inteligencia; tenemos que aprovechar su intemporalidad para revalorar, reajustar, desechar, distinguir y hallar los perfiles de las disciplinas humanas reales, sus consiguientes instituciones, con la misma nitidez que un árbol se dibuja en un cielo de luz.

Una de las formas más aviesas de la decadencia que padecemos es que las cosas del hombre se han desplazado del hombre hasta el punto de no tener su conmensuración en él sino, cada una en sí como otros tantos cánceres: Así la máquina, el derecho, la economía, la política, la guerra.

Y así la Universidad. Su potencialidad tanto activa como pasiva no es, netamente, la del hombre frente al universo, esto es a las ingentes posibilidades de poseerlo como cultura; ella vuelca en nuestros días el caudal de sus energías y de sus gruesos presupuestos en cosas, intereses, en un enorme mecanismo burocrático, en profesiones pragmáticas, casi nunca en la precisa libertad, altísima, de la ciencia y de la investigación científica y artística con fin de trepar hasta la Sabiduría.

En consecuencia, lo único que nos proponemos es plantar la Universidad en el hombre, reencontrarla en él, desconociendo en absoluto toda circunstancia eventual; toda ramificación y actitud que se desglose hacia la frustración y el aye, en pasiones y cosas sin medida auténtica en el ser humano.

II — El hombre y la Universidad Ella no sigue al hombre en su parte vegetativa. Se puede comer sin acudir a tan alta sociedad.

Tampoco en su parte sensible. Para la vida de los sentidos y sus apetitos basta ser veloso, tener una lanza y un arco como Esaú.

Se debe, en cambio, a la parte especificante del ser humano: Es notorio que sin la inteligencia no puede haberla. Aquéllas, las Universidades, evidentemente, no existirían si no existiera ésta. Nadie se atrevería a pedir otra cosa que cultura de la inteligencia a tal institución; también cultura de otras cosas, pero siempre en el aspecto intelectual.

Luego, observemos y subrayemos que la relación entre la Universidad y la inteligencia es nada menos que trascendental: El ser de la una se debe a la existencia de la otra; todo el ser del ojo depende del color en luz, el pulmón del aire.

Logrados estos principios evidentes se imponen de inmediato algunas conclusiones no menos ciertas: Dijimos que no sigue al hombre en su parte vegetativa; que se puede comer sin ella. Luego, una Universidad puramente pragmática, una fábrica de profesionales, no llega a ser Universidad. Tan exigente es el fin de un determinado ser que en cuanto se lo altera, alteramos la naturaleza del mismo. Así, si el factor económico se convierte para los profesores y el alumnado en el principal, la ciencia se extingue, el profesional desciende a los bajos niveles del comercio y las mismas fuentes económicas se secan.

Tampoco sigue al hombre en su parte sensible. El valor instrumental de los sentidos interviene legítimamente en el estudio, en cambio cuando su concupiscible pretende imperar en lo humano; cuando se erige en señor y conductor, las rivalidades, las envidias, enconos, desconfianzas, riñas, astucias, sectarismos fanáticos; la justicia identificada con la venganza abnubilan la inteligencia e impiden la ciencia y la Sabiduría. La institución de que hablamos, se convierte en un memorable armazón destrozado por invasión in-nominable.

La reforma que urge llevar a cabo en la Argentina, en la cual el estudiante tiene hegemonía absoluta, consiste en que se renuncie a ese enfrentamiento de pasión y pasión, de recelo y recelo, de prejuicio y prejuicio, lo cual lo mete en un tirabuzón hacia las tinieblas y la descomposición de lo humano, e instaure una límpida, potente, directa ambición por los viriles caminos y la alta vida de la inteligencia.

Para aquéllo no hace falta dicho órgano del saber (en nuestros días está sobrando), basta la maza y el hacha de piedra; para

nuestras actitudes en otras actitudes. No hay tiempo que perder; aquéllo nos llevaría a la deriva, de manera inexorable, en la general ruina. Se plantea una tarea importante, tanto como la suerte de nuestra carne y de nuestro espíritu: La realidad, sobretodo la humana, nos mira con rostro sangrante, pidiendo que, al fin, se la vea. Es necesario enfrentarnos con las cosas hasta deshollarnos en sus escarpadas laderas: Hasta alcanzarlas; descubrirlas en su limpidez primera, en el silencio regenerante de la verdad, por encima de las hundidas disputas. Ello nos permitirá vivir de nuevo y engendrar atinadamente otra Era. La única respuesta en la medida de los tiempos es plantarnos, despojados, en medio del desmoronamiento, con los ojos lavados por los escarmientos y las enmiendas.

La labor fundamental corresponde a la inteligencia; tenemos que aprovechar su intemporalidad para revalorar, reajustar, desechar, distinguir y hallar los perfiles de las disciplinas humanas reales, sus consiguientes instituciones, con la misma nitidez que un árbol se dibuja en un cielo de luz.

Una de las formas más aviesas de la decadencia que padecemos es que las cosas del hombre se han desplazado del hombre hasta el punto de no tener su conmensuración en él sino, cada una en sí como otros tantos cánceres: Así la máquina, el derecho, la economía, la política, la guerra.

Y así la Universidad. Su potencialidad tanto activa como pasiva no es, netamente, la del hombre frente al universo, esto es a las ingentes posibilidades de poseerlo como cultura; ella vuelca en nuestros días el caudal de sus energías y de sus gruesos presupuestos en cosas, intereses, en un enorme mecanismo burocrático, en profesiones pragmáticas, casi nunca en la precisa libertad, altísima, de la ciencia y de la investigación científica y artística con fin de trepar hasta la Sabiduría.

En consecuencia, lo único que nos proponemos es plantar la Universidad en el hombre, reencontrarla en él, desconociendo en absoluto toda circunstancia eventual; toda ramificación y actitud que se desglose hacia la frustración y el aye, en pasiones y cosas sin medida auténtica en el ser humano.

II — El hombre y la Universidad Ella no sigue al hombre en su parte vegetativa. Se puede comer sin acudir a tan alta sociedad.

Tampoco en su parte sensible. Para la vida de los sentidos y sus apetitos basta ser veloso, tener una lanza y un arco como Esaú.

Se debe, en cambio, a la parte especificante del ser humano: Es notorio que sin la inteligencia no puede haberla. Aquéllas, las Universidades, evidentemente, no existirían si no existiera ésta. Nadie se atrevería a pedir otra cosa que cultura de la inteligencia a tal institución; también cultura de otras cosas, pero siempre en el aspecto intelectual.

Luego, observemos y subrayemos que la relación entre la Universidad y la inteligencia es nada menos que trascendental: El ser de la una se debe a la existencia de la otra; todo el ser del ojo depende del color en luz, el pulmón del aire.

Logrados estos principios evidentes se imponen de inmediato algunas conclusiones no menos ciertas: Dijimos que no sigue al hombre en su parte vegetativa; que se puede comer sin ella. Luego, una Universidad puramente pragmática, una fábrica de profesionales, no llega a ser Universidad. Tan exigente es el fin de un determinado ser que en cuanto se lo altera, alteramos la naturaleza del mismo. Así, si el factor económico se convierte para los profesores y el alumnado en el principal, la ciencia se extingue, el profesional descende a los bajos niveles del comercio y las mismas fuentes económicas se secan.

Tampoco sigue al hombre en su parte sensible. El valor instrumental de los sentidos interviene legítimamente en el estudio, en cambio cuando su concupiscible pretende imperar en lo humano; cuando se erige en señor y conductor, las rivalidades, las envidias, enconos, desconfianzas, riñas, astucias, sectarismos fanáticos; la justicia identificada con la venganza abnubilan la inteligencia e impiden la ciencia y la Sabiduría. La institución de que hablamos, se convierte en un memorable almacén destrozado por invasión in-nominable.

La reforma que urge llevar a cabo en la Argentina, en la cual el estudiante tiene hegemonía absoluta, consiste en que se renuncie a ese enfrentamiento de pasión y pasión, de recelo y recelo, de prejuicio y prejuicio, lo cual lo mete en un tirabuzón hacia las tinieblas y la descomposición de lo humano, e instaure una límpida, potente, directa ambición por los viriles caminos y la alta vida de la inteligencia.

Para aquéllo no hace falta dicho órgano del saber (en nuestros días está sobrando), basta la maza y el hacha de piedra; para

esto último y sobre esa realidad sí se explica y despliega el complejo y admirable cosmos de la Universidad verdadera.

### III — *La universidad, alta sociedad dentro de la sociedad civil.*

Una Universidad es una sociedad imperfecta constituida con el fin de alcanzar la más encumbrada etapa de la educación del hombre.

Detengámonos unos instante en los términos expresados, los cuales perfilan su naturaleza real.

Es sociedad: Aquí tocamos conceptos difíciles. No podemos dar por sentado que todos entendemos una misma cosa bajo el término sociedad. Para apreciar su valor de primer orden en el campo humano, tendríamos que tener bien deslindados conceptos previos, de los cuales aquella realidad depende. Tendríamos, ante todo, que distinguir persona de individuo.

El individuo humano, es decir, el hombre que vive nada más que sus aptitudes temperamentales —temperamento, apetito, pasiones— no necesita de la sociedad humana; por el contrario, la trastorna y desgarrá; usufructúa a los otros hombres como a cosas; los daña y los excluye. Aquí nos encontramos una vez más con el pellejo, la lanza y el arco de Esaú, así esie Esaú ande en auto y se recubra con trajes impecables.

El hombre que sólo realiza las exiguas dotes de su individualidad es un hombre frustrado.

Lo específico del hombre en el sentido que hablamos, es tener abierta su individualidad en persona. Esto es, su inmanencia se consume no en la sucesión superficial de las percepciones sensibles, sino en la unidad fundamental y desnuda del ser; la cual unidad plantea, a su vez, una potencialidad capaz de alcanzar las riquezas entitativas del universo entero e, incluso, del Primer Principio al cual llamamos Dios.

Tal capacidad radical se abre, sedienta, hacia el infinito. La industria y el comercio no pueden satisfacerla; sólo la sacia el triple necesario: La Verdad, el Bien y la Belleza. Estos son bienes arduos. Y todos los demás, útiles en la medida en que sirvan para alcanzarlos.

Miremos otro aspecto del problema: Consideremos la Universidad en la sociedad humana completa.

Un hombre aislado no puede obtener por sí sólo el enorme complejo de bienes que necesita para ser feliz. Cada hombre lleva dentro de sí toda la inmensa potencialidad de la naturaleza humana, pero el tamiz coartante de las disposiciones corporales de cada uno admite sólo la actualización de un adarme de esa potencialidad. En uno esa naturaleza se da son predominio de aptitudes especulativas; en otro, la misma naturaleza se muestra inclinada a tal o cual actividad práctica. Este se manifiesta cabal en la filosofía, aquél tiene especial lucidez para las matemáticas; en cambio su amigo las mira como un extraño y versifica con facilidad; ese otro parece inclinado al piano; Juan se delinea como un buen industrial; los entusiasmos de Diego se agudizan cuando piensa en el campo.

No terminaríamos. A la dicha distribución de aptitudes sumemos la breve duración de cada vida individual; el hombre dispone de poco tiempo apto para desarrollar y hacer fructuosas en algo sus peculiares disposiciones. Añadamos a los límites mencionados los impuestos por la contrariedad de los vicios personales, de las indisposiciones nativas, de las circunstancias externas calamitosas que en mayor o menor grado sobrevienen a todo destino en la tierra, y veremos a qué se reduce la expansión de la inmensa naturaleza racional humana en cada individuo.

Pero a pesar de las limitaciones que la materia y el tiempo imponen, cada uno apetece, no una felicidad parcial —las satisfacciones que las dotes individuales pudieran proporcionarle— sino la total, la que colme toda la naturaleza humana que posee íntegramente, pues cada hombre está constituido tal por una sustancia humana completa, numéricamente distinta de la de los otros. Es evidente que un panadero desempeña una determinada actividad y alcanza un bien necesario no sólo para él sino para todos; mas no le basta el pan para ser feliz; necesita, además, del vestido y la casa, de zapatos y muebles, de ciencias que lo ilustren y socorran y, por encima de todo, de la sabiduría que le enseñe la prudencia suprema, la que coaduna todos esos bienes en la Unidad de donde ellos emanan y donde ellos encuentran explicación, razón y armonía.

Como conclusión nos encontramos con una intensa paradoja: El hombre individual puede con sus fuerzas y en el tiempo alcanzar un bien y, sin embargo, cada uno apetece todo el Bien.

¿Cómo se remedia tan flagrante desacuerdo?: Para subsanar los límites del individuo y ser una naturaleza total en el tiempo, el hombre se recompone en sociedad. De esa manera las aptitudes y disposiciones parciales, desperdigadas en multitud de individuos, se combinan en una realidad humana plena.

La Sociedad divino-humana, la Iglesia de Cristo, es la sociedad perfecta por antonomasia; la capaz de colmar al hombre con el Bien universal, de manera que excede a la misma sed de infinito del hombre. Debajo, se desenvuelven las sociedades civiles, capaces de cumplir las posibilidades temporales humanas; relativamente perfectas, alcanzan su fin temporal en la medida en que sepan reconocer la tendencia obediencial que el hombre, tanto individual como social, tiene para con el eterno Ser, principio y fin de todas las cosas, y para con el único Mediador, Jesús, el Cristo, por quien todas las cosas son recapituladas y restauradas en la Verdad.

Los miembros de la sociedad natural humana hasta tal punto pueden unirse, compensarse, armonizarse y combinarse sobre la base de la común naturaleza cuyas aptitudes se distribuyen en todos, que se la puede considerar sin temor de errar, un inmenso cuerpo organizado y viviente; unidad de la esencia humana, ubérrima en posibilidades, que se despliega al repartir su virtualidad en variedad de miembros y disciplinas.

Estas disciplinas son ya típicas y de mayor o menor importancia según los bienes que con ellas la sociedad puede adquirir para felicidad de la persona humana. Dos abastecen la parte vegetativo-sensible del hombre; Son la industria y el comercio. Tres intentan servir de inmediato al espíritu humano: Son las artes, las ciencias y la sabiduría. Según sea la fuente de la sabiduría, ya la razón, ya la Revelación divina, ella constituye disciplinas distintas que pueden compenetrarse sin confundirse. La Filosofía y la Religión, que es a su vez, Teología y Sacramentos. En adelante cuantas veces mencionemos a la sabiduría, entendamos a la primera, a la natural, esto es, a la Filosofía, pues así conviene a nuestro propósito.

Vemos que las dichas disciplinas, industria, comercio, ciencias experimentales, arte y sabiduría, en una sociedad bien concertada, no son de un mismo valor, sino distinto según el bien que quieren alcanzar. Para que una civilización sea típicamente humana y culta tiene que cumplir con una escala de valores, de otra manera cae en ser una civilización anti-humana o perversa; así debe considerarse a aquéllas, las modernas, por ejemp., que dan desarrollo e imperio absoluto al comercio y a la industria sobre las disciplinas superiores humanas. La escala es de lo más bajo a lo más elevado: Industrias, comercio, labores rurales y marítimas, ciencias experimentales, artes, ciencias especulativas y, por último, en la cima, bañando de orden, unidad y luz al todo, la *princeps scientiarum et artium*, esto es, la Sabiduría.

Cada una de esas disciplinas tiene sus órganos propios, instituciones y empresas, sociedades más o menos pequeñas, especificadas por fines parciales y propios, dentro de la sociedad total civil: Así una fábrica de alpargatas, una agrupación deportiva; así una empresa naviera o un instituto meteorológico, etc.

En ese concierto, al órgano que intenta adquirir, fomentar y transmitir las disciplinas más altas, esto es, las ciencias, las artes y la Sabiduría, llamamos Universidad.

Volviendo a la definición recordemos otros de sus términos: Es sociedad imperfecta. Lo es por lo que queda dicho: No abastece a todo el hombre como la sociedad divino-humana, la Iglesia, lo hace en orden a la Regeneración de todas las cosas; ni como la sociedad civil, en orden a los fines temporales del hombre.

Mas, si bien es verdad que es imperfecta, su alcurnia es tal por los fines que persigue, que no hay órgano de mayor dignidad docente que ella en una sociedad temporal. El gobierno es superior, pero en otro orden, es decir, en el potestativo y prudencial; en cambio, llamada, aquélla, a cultivar la Sabiduría conjuntamente con las ciencias y las artes, tiene una responsabilidad directa frente al nivel de cultura del país a que pertenece: por esta razón el Estado depende en ese sentido de la Universidad, en la misma proporción en que la prudencia depende de la sabiduría. No caeremos en el criterio simplista de pensar que toda la cultura se debe a ella. Las sendas de los hombres, ascienden desde multitud de entrañas y compensaciones que jamás podremos abarcar de manera exhaustiva. Por de pronto nos encontramos a primera vista con otros dos elementos culturales de primer orden: La tierra y la Iglesia. La primera es fundamento necesario, raíz, de toda cultura típica; la Historia muestra que la humana no puede tener otra iniciación normal. La Iglesia es causa eminente, regenerante y perfeccionante, no sólo en el orden de la gracia y del Reino sino también en el natural en cuanto que asume la tierra, el hombre y lo humano para devolverlo con la mayor aproximación posible a la Verdad, al primer Ser y a la Vida. Sin embargo, aunque es evidente que no es la fuente única de la cultura, desde la Universidad fluye hacia la materia varia e informe, que es el hombre, un abundante y decisivo torrente cultural.

En consecuencia: Su fin es de tan alta nobleza, tan graves son sus deberes que altos y graves deben ser sus derechos. Su des-

arrollo normal necesita gozar de toda la libertad y medios convenientes al cumplimiento de aquéllos.

El Estado no puede intervenir en ella de manera directa. Este, por ser el órgano de la prudencia con respecto de todo el bien que ha de lograr la comunidad, es superior a la Universidad, y debe actuar extrínsecamente cuando ésta, abusando, pasa los límites de sus fueros y afecta de alguna manera a dicho bien común; en cambio, la Universidad es última frente a la Sabiduría y no puede en ese sentido recibir determinaciones de parte de la potestad civil. La búsqueda de las ciencias y las artes no puede ser presionada por nada; pertenece únicamente a la Verdad el derecho inalienable de imperar sobre ellas. Cuando ya de parte del Estado, ya de situaciones o deficiencias económicas, ya de parte de los miembros que la integran, los intereses o las pasiones actúan en ese campo, ella se convierte en fuente corruptora del país, tanto cuanto lo tendría que ser de la perfección.

No es fácil destacar en la brevedad del espacio de que disponemos, hasta qué punto es ilegítimo y odioso el monopolio de los estudios universitarios por el Estado. Esa actitud significará siempre una coacción y un despotismo para con disciplinas sobre las cuales no puede pesar interés temporal alguno. El Estado que procede así y la sociedad que lo permite han de medir las consecuencias de su actitud. Cuando esta arbitrariedad se estabiliza, se sabe donde comienza el camino de un país pero no se puede saber en qué sombras de barbarie terminará. Sobre todo la ruptura con la Iglesia, fundadora de Universidades y de la cultura cristiano-europea tiene y ha de tener derivaciones hacia abismos imprevisibles; no se niega impunemente los soberanos derechos que su pasión esencial por la Verdad, su Autoridad divina magistral, su íntima posesión de "los arcanos escondidos desde la fundación del mundo", le otorgan.

Con lo dicho hasta aquí, huelga la explicación de los términos finales de la definición: "...con el fin de alcanzar la más alta etapa de la educación del hombre".

Claro está, supone etapas anteriores. Una Universidad no es un islote sino una continuidad de savias que ascienden de raíces fundamentales como lo es el hogar; de tronco decisivo cual es la enseñanza media en lo referente al desarrollo del hábito de la estudiosidad.

#### *IV — El nombre de la Universidad es rico en sentidos.*

En los tiempos en que la Universidad vivía todo su ser

se denominó con ese nombre al gremio de los Profesores que enseñaban y de los discípulos que querían aprender.

Dicha definición jurídica tan precisa —la de gremio— establece de inmediato un sistema también muy preciso de deberes y derechos mutuos fundados en realidades distintas exactamente lo mismo que el sol y la luna: De parte del profesor el deber de enseñar y los derechos a todo el honor que merece el que ejerce una paternidad; de parte del alumno el deber de recibir con toda la gratitud, del que de otra manera se quedaría privado de un gran bien. En fin, las cosas con la cabeza puesta en su lugar.

En tiempos nebulosos como los actuales no se sabe bien donde está el término principal de estas relaciones de justicia. Tanta es la niebla que ya no se ve cuál es el maestro y cual, el discípulo,

Universidad se puede entender también con respecto al fin mismo que la específica. Es notorio que intenta alcanzar, cultivar y transmitir la universalidad de las ciencias y las artes. Tal movimiento de expansión comprensiva de toda disciplina estudiosa es el suyo más legítimo: El único legítimo; emana de su ser y constituye su vida. No tendríamos nunca por usurpación el que multiplicara tanto sus institutos e investigaciones que las abarcará a todas sin faltar ninguna.

La universalidad de la ciencia humana se puede tomar en dos sentidos: Material y formal.

Probaremos que sólo el último permite que exista Universidad con fuerza intrínseca, dinamismo recto hacia su fin y cohesión de partes.

La primera, la material, es la extensiva y también se la llama numérica. La segunda va en penetración; se eleva hacia las últimas causas. Cuanto más alta y universal es una causa más profundas y concluyentes son sus explicaciones de la realidad. La universalidad formal no aleja de esta última como pensaron y piensan muchos, errando, sino que, por el contrario se interna en la intimidad radical de las cosas. Abundan los científicos que se aferran a la cosa creyendo que así se aferran a la realidad; en cambio una ciencia resulta tanto más descriptiva y menos demostrativa cuanto más se localiza en el conocimiento de la cosa en sí.

Detengámonos unos instantes en una y otra universalidad. El hacerlo es de capital importancia a la intención del presente tra bajo.

La universalidad material es necesaria; ella consiste en la multiplicidad de las ciencias particulares, especializadas. Tal diversificación enriquece el acervo de datos pero no aumenta la magnitud de la ciencia. El hombre alcanza una posesión más exacta de la realidad sensible pero no pasa de allí. No excede el hecho de la tuberculosis el descubrir que ella consiste en una invasión y colonización de nuestro cuerpo por el bacilo de Koch; se ha llegado a conocer el hecho con precisión, tal como es, mas aún no lo conoce en una explicación definitiva, en sus causas.

Comprendemos que es necesario detenernos en los conceptos enunciados: Para conocer una cosa no basta considerarla de cualquier manera; mejor dicho, nunca se la considera de cualquier manera, sino con todo rigor según un ángulo de penetración, el propio del principio intelectual que rija a la razón en esa búsqueda. Una inteligencia por sí sola no se movería a conocer nada pues, según su naturaleza, se encuentra naturalmente indeterminada con respecto de todos los objetos. Un conocimiento previo y obvio, una convicción, la cual contrae la absoluta universalidad de aquélla hacia una determinada zona del cosmos o de las cosas, proyecta su nativa apetencia por las esencias y las causas hacia esa zona.

Estas convicciones primeras, las cuales pueden ser científicas o vulgares según el mayor o menor examen al aceptarlas, ejercen el oficio de principios demostrativos con respecto a todo un comportamiento ulterior. Si un científico, por ejemp., se decide a estudiar las plantas en cuanto cuerpos organizados es porque está convencido de que los seres sensibles son cuerpos bien reales y en el caso de los vegetales, con una animación propia que los organiza; si pensara como un hindú, que toda la realidad corpórea no es tal sino mera apariencia y sueño, nunca proyectaría su potencialidad intelectual en ese sentido. De aquí que sean de tan grave peso las primeras convicciones de un hombre. Devorará de la realidad para sí, todo lo que el ámbito y dirección de ellas le permita devorar, y lo hará suyo según el criterio que esas convicciones establezcan.

La verdad que acabamos de expresar revela una radical deficiencia de toda la filosofía y la ciencia moderna. Ignorando el mecanismo de la inteligencia humana se ignora también el decisivo valor de las convicciones primeras como principios de demostración. Este es fundamento del conocimiento humano completamente abandonado. Semejante punto de partida no puede dar origen mas que a ciencias frustradas. Si se parte de una convicción vulgar o científicamente errónea todos los análisis y experiencias, por admirables que sean, serán interpretados bajo la luz de dicha convicción

o error y, así, las conclusiones no excederán los límites de la una o del otro. Spinoza, Hegel apenas consideran los principios de sus sistemas; poco importa el rigor de la argumentación ulterior; a ese primer hecho se debe que los mismos se proyecten hacia las afueras de la realidad. En otro orden, podemos afirmar con seguridad que la psiquiatría padece ese proceso de frustración; ella se mueve bajo el concepto vulgar de que la sexualidad, tal como se encuentra en el común de los hombres, es normal y normativa.

Hasta tal punto el comportamiento de la razón depende de la ilusión, es decir, del contacto de las cosas con las convicciones aceptadas a modo de principios, que nada se escapa a su influjo, ni el entendimiento especulativo ni el práctico, ni la vida común ni la labor científica. Lo podemos palpar a cada paso: Un melancólico no percibe la lluvia desbordante de bienes de todos los días, en cambio anota de manera indeleble la más pequeña contrariedad que se le cruce y la agrega para siempre al catálogo de sus desdichas. Un positivista, movido por la convicción de que la materia es toda la realidad y el ser, atisbará a cada paso en sus trabajos un pretendido principio material homogéneo causante de la organización del mundo sensible. Los experimentos, al negarle ese principio lo volverá a los cabales de la realidad; provec-tará entonces su ilusión en otro y otro ensayo. La aprehensión ansiada nunca llegará. La dialéctica de las pruebas no anula la opción: O bien se rendirá y, como Alexis Carrell, cambiará su principio unívoco y físico por el metafísico y analógico del ser, o bien se meterá en la espiral del escepticismo. Al comprobar que por más que urge descomponer y analizar, no descubre un principio material de la materia, terminará petrificado como el hindú, en la convicción de que toda la materia y la realidad sensible es pura ilusión; así, exactamente, se encuentra hoy más de un físico materialista con la inteligencia yerta, frente al desmenuzamiento logrado por ellos mismos, del átomo en energía.

No puede ser de otra manera. Todo objeto necesita engendrar previamente en la potencia correspondiente una disposición similar para actualizarse en ella. La vista, por ejempl., cuando pasa repentinamente de la oscuridad a la luz, no ve nada; necesita unos instantes, que la misma luz anule la púrpura visual para poder entrar en la visión diurna. Otro tanto el estómago; si se bebe un vaso de leche a sorbos lentos, los primeros provocan la secreción de jugos necesaria, con lo cual se dispone a recibir bien toda la leche; acaece lo contrario si se la toma con precipitación.

La inteligencia, en otro orden y con mayor razón, por la universalidad de su objeto, se comporta de la misma manera. Una

intuición primera bebida en la realidad o en las sugerencias del ambiente, define una actitud y aptitud frente a Dios, el hombre, el cosmos y la vida. Por más que se extienda la aplicación de esa determinada intención intelectual a muchos objetos, siempre los verá según el ámbito de luz que le es propio. Si se piensa que el hombre es nada más que animal, determinados métodos derivarán de esa posición, los cuales permitirán hallar y comprobar todo lo que el hombre tiene de animal. Al llegar a hechos como el pensamiento y la palabra, el científico reconocerá que ha tocado una zona que excede su objeto, o bien, si ha caído en universalizar su especialización, los violentará, cohibiéndolos con el fin de meterlos de cualquier manera en el mundo animal.

Esa es la importancia de la luz objetiva inicial, llamada por los antiguos con mucho tino, objeto "quo". Es objeto porque consiste en una presencia de la realidad en la inteligencia bien definida y, a la vez, muy genérica y elemental; es "quo" (por el cual) pues ese aspecto genérico de las cosas contiene potencialmente a muchos singulares los cuales resultan conocidos cuando por la fuerza demostrativa de tal principio entra en la realidad verdadera o errónea ya poseída por la inteligencia en virtud de dicho principio aceptado. Se podrá conocer todo lo que cae dentro de la fuerza demostrativa o luz potencial del principio escogido; cuando un científico ambiciona explicar objetos de causas mayores al suyo "quo", encoge al mundo y lo ahoga dentro de su especialidad.

Resumamos lo dicho acerca de este objeto con referencia a la magnitud de la ciencia:

1º — Dicho objeto contrae la potencialidad de la inteligencia hacia un aspecto de la realidad y las cosas.

2º — Es un primer conocimiento genérico verdadero o falso que proporciona dirección argumentativa, en un sentido y ámbito, a la indeterminada energía demostrativa de la razón.

3º — Ese principio ejerce imperio sobre la actividad del entendimiento; la conduce de manera que abre un cauce definido, a la infinita potencialidad de la inteligencia. Se actualiza toda esencia y causa que pueda ser demostrada en la luz de ese principio.

4º — Un objeto "quo" no actualiza toda la potencialidad de la inteligencia en un sentido ni mucho menos. Se puede agotar las demostraciones posibles a un objeto y, posterior o simultáneamente, argumentar según el hábito originado por otro objeto "quo".

5º — Por más que se multipliquen las demostraciones o se subdividan las ciencias dependientes de un mismo objeto "quo", no se magnifica la ciencia. La diversidad no amplía su poder demostrativo.

Es evidente, por lo tanto, que la ciencia humana no progresa como comúnmente se cree, con la multiplicación de las especializaciones. Si ellas se mueven dentro de los términos de un objeto "quo", la suma equivale a la ciencia madre especificada por dicho objeto. Las empíricas son diversificaciones que no exceden, ninguna de ellas, el primer grado de abstracción; luego todas juntas no poseen más conocimiento que el que potencialmente posee la Filosofía de la Naturaleza, y componen el objeto material de la misma.

El racionalismo ha descuidado por completo este aspecto esencial; otorgando a la demostración inductiva una virtualidad científica omnimoda, se debata dentro de los estrechos límites que le pertenecen. La humillación ha sido grande. Pensaron que esa actitud intelectual los libraba del mito y les entregaba toda la realidad; en cambio se localizaron de hecho, en una parcela del universo, eliminando del conocimiento humano todo lo que no está sujeto, "in causa et per se", a la materia. El especialista embebido generalmente por su especialización, considera causa al elemento más universal que encuentre dentro de su particularidad y a ésta, totalidad.

La Edad Moderna se agita en un cerco muy limitado. Su pretendida libertad ahogó al hombre. Los principios especificantes de una ciencia son de tal manera soberanos que la esencial virtualidad analítica de la experimental, por más que quieren buscarlo diametralmente opuesto, esto es, las causas del mundo sensible, no logra otra cosa que una desintegración de ese mismo ser y orden. Lo que hacen por poseer esencialmente la cosa en sí con prescindencia de las causas metafísicas, desvanece la materia y aniquila al ser sensible. Sobretudo, cuando aparece la vida animal, las hipótesis empíricas saltan inestables; por más que se la quiere reducir a categorías físicas y químicas, las causas del conocimiento sensible, de las apetencias, se escapan intangibles. Al llegar al hombre producen el caos; no hay duda de que el antiguo lo conocía mucho mejor. Los aportes de las ciencias empíricas podrían en este campo ser mínimos pues hasta el mismo cuerpo humano, si bien materialmente considerado resulta animal, formalmente es racional y por ende, como objeto excede en mucho a las posibilidades de dichas ciencias. Sin embargo, es allí donde se congregan como obstinadas hormigas intentando penetrarlo; la multitud de psicologías son decisivas en minimizar a ese gran ser desconocido; no se cansan de describirlo según las zonas bajas,

las únicas donde pueden entrar.

Esta trágica experiencia moderna manifiesta que la fuente de la decadencia no es sólo el agotamiento de la vitalidad de un pueblo. La dialéctica de las convicciones es inflexible. La libertad del hombre actúa en la elección de los principios pero, luego, su desenvolvimiento depende, no de lo que él quiere sino de la virtualidad de aquél. Y ésta, cuando el principio es erróneo, causa una peculiar decadencia trágica, ahíta de vida atormentada en sus propias raíces.

Habiendo probado suficientemente que la ciencia no progresa con la universalidad material o extensiva, pasemos ahora a la formal o intensiva. Fijemos la atención en un hecho cualquiera, digno de una lectura científica; veremos que el conocimiento del mismo es tanto más perfecto y exhaustivo cuanto más alto sea el principio que lo ilumine.

Vayamos al subconsciente del hombre. Quedarse en él, analizarlo al exceso, será precisar más el hecho en sí, abarcar de manera más definida su extensión, composición y posibilidades. Así procede el psicoanálisis. Esta labor, sin embargo, no constituye aún propiamente una ciencia sino una preparación científica del objeto cognoscible. Tampoco basta para desenredar convenientemente sus estados patológicos el sólo conocimiento de los estados patológicos.

Algunos espíritus fuertes circunscriptos por la especialización, al descubrir esa realidad complicada y, tantas veces, deshecha, notan la necesidad de explicarla en un principio que no sea el hecho mismo; entonces echan mano de uno de los elementos más constantes —la libido, por ejem.— que hayan encontrado, no precisamente en todo el hombre, sino en el subconsciente enfermo.

En cambio, para que el estudio de esa zona anímica llegue a ser verdaderamente científico, tendrá que pedir sus principios a una psicología que abarque el hombre total, desde la formalidad sustancial hasta los elementos integrales y accidentales de su compleja naturaleza psicosomática. Únicamente el conocimiento completo de ésta, la definida posesión de su diferencia específico, la animalidad, con respecto de aquélla, es decir, la proporción, modo y función que pueden tener los sentidos externos e internos, los apetitos sensibles y las pasiones en una naturaleza de unidad formal racional; además el papel que juega el libre albedrío en todo ese concierto de potencias y apetitos. Luego, el conocimiento de las relaciones normales de la razón con los apetitos y pasiones, no de éstos a solas y entre sí, constituye el principio inmediato para solucionar los problemas planteados por el sub-

consciente enfermo. El conocimiento perfecto de la racionalidad, más que de la libido, es lo que permitirá discernir con nitidez el lugar que ocupa y el papel que desempeña en la estructura humana total, tanto el subconsciente normal como los traumas, complejos y represiones que pueden afectarlo. Únicamente así, la especialización que se ocupa de ese aspecto humano tan restringido, se librárá de definir a todo el hombre según una generalización del conocimiento parcial que del hombre ha podido obtener con sus propios medios.

En consecuencia, una especialización psicológica cualquiera —la reflexología o la neurobiología, la caractereología o la formalista— si quiere lograr conclusiones ciertas ha de referir los resultados de sus investigaciones a aquel principio, la racionalidad, donde lo del hombre adquiere medida, sentido y configuración humana.

Pero, si bien es verdad que la racionalidad es primer principio que aclara todo lo que se refiere a los sentidos, apetitos y pasiones, en cambio, no lo es con respecto de sí misma, de manera que el conocimiento científico de ella, se ha de buscar bajo luz más alta y genérica, donde dicha perfección específica se encuentre potencialmente incluida. El hilemorfismo es el universal inmediato que permite llevar todo lo que se observe en la naturaleza racional a conclusiones últimas y ciertas. El termina con el interminable drama del ser humano dividido en alma y cuerpo; yendo más allá, se interna en la esencia misma del hombre y explica: La racionalidad es la inteligencia que armoniza con la animalidad. Supone e incluye lo animal de tal manera que, si no existiera ésta, aquélla tampoco existiría. Su modo de ser abstractivo y argumentativo es el adecuado para operar en lo sensible. No funciona con órgano pero sí funciona a través de los órganos, adecuadamente. Por eso: La animalidad del animal es una y otra la del hombre. La del primero, cíclica, completa en sí; la del ser humano abierta en aptitud potencial con respecto de la razón.

La realidad hilemórfica, es decir, el mundo corporal tiene, a su vez, su universal y principio argumentativo en aquel otro altísimo, la división del ser en acto y potencia, primero después del Principio sin principio, en todo lo que se refiere al ser que no tiene el ser por sí. Ciertamente, ese mundo sensible donde la criatura racional se encuentra inmersa, no presenta un ser estable; antes, por el contrario, se manifiesta como un caudal entitativo inmenso y a la par frágil el cual, con vórtices ingentes de mutaciones y cambios, se realiza, no en una plenitud simultánea sino en sucesión de seres y estados. El no ser por sí de los seres corpóreos proclama que lo reciben; en consecuencia, la inteligencia no

puede descansar del todo en él y ha de seguir internándose en la realidad, en prosecución de las causas, no ya immanentes, sino de las que lo trascienden.

Al llegar a este punto vemos que sobre un hecho, el subconsciente humano, se han abierto para explicarlo, tres círculos de realidad y argumentación: La racionalidad, la composición hilemórfica del mundo sensible y la división del ser en acto y potencia. Apreensiones cada vez más universales y simples otorgan una escala de luz donde los singulares que no se explican por sí mismos quedan patentes y definidos. Tanto cuanto más alto es un principio en cuya virtualidad se mueva la razón, tanto mayor será su penetración demostrativa. Cuanto más alta es una causa, así también más directamente conmensura las cosas.

Por lo expuesto hasta aquí comprendemos que las ciencias, si quieren ser tales, no pueden quedarse estancadas en las especializaciones ni fraccionarse interminablemente sin nunca recomponerse. Para reflejar fielmente a la naturaleza, deben tener su objeto propio bien determinado, sin ambigüedad alguna; además, autonomía de métodos que emanen de sus mismos objetos; pero también se han de enlazar, relacionándose y sirviéndose mutuamente, como los grandes géneros del ser se enlazan y sirven entre sí en la realidad sin que por eso pierdan la perfección privativa que a cada uno pertenece.

Esta concepción de la ciencia es habitual a la mente y métodos peripatéticos de Sto. Tomás de Aquino. Entre otros textos en la Suma Teológica (I - II, Q. LVII, c. II, ad 2<sup>um</sup>) se expresa así: "...Los principios de demostración pueden ser considerados separadamente de las conclusiones. También pueden ser considerados simultáneamente con las conclusiones en cuanto que las conclusiones son deducidas de los principios. Considerar los principios según ellos mismos pertenece al hábito de los primeros principios. De donde si pensamos rectamente, estos tres hábitos (El de los primeros principios, de ciencia y de sabiduría) no se distinguen entre sí del mismo modo sino por un cierto orden; como acontece en todos los potenciales, en los cuales una parte es más perfecta que otra, como el alma racional es más perfecta que la sensible y ésta más que la vegetativa. De esta manera la ciencia depende del hábito de los primeros principios como de algo principal: y el uno y la otra de la sabiduría como de algo principalísimo que contiene al hábito de los primeros principios y a la ciencia, ya que puede juzgar de las conclusiones de las ciencias y de los principios de las mismas".

He aquí la universalidad que proporciona rigor científico y nexa a toda ciencia: La sabiduría, que es Filosofía; que es Teolo-

gía. Sin ella resultan mudos los datos acumulados por las ciencias experimentales; estériles los esfuerzos de los investigadores; miembros dispersos, las disciplinas estúpidas. Ella es la única fuerza intrínseca que otorga cohesión, vitalidad y pujante desarrollo científico a la Universidad verdadera.

Siendo esta conclusión cierta, debemos enfrentarnos ahora con la cuestión final y decisiva: ¿Cuál es, entonces, el horizonte en que se mueve la Universidad moderna? El principio filosófico que la anima, es: La materia y el ser son términos unívocamente convertibles. Dicho de otra manera: La materia es la realidad, el ser primero; toda otra forma carente de sujeto experimentable deriva de las inagotables energías que le son propias y sólo en ellas ha de buscarse la causa próxima o remota del mismo.

Vayamos más adelante: La consecuencia inmediata de un determinado principio es un método, cuya índole y proporción están causadas y conmensuradas por el principio que la origina. Dicho nexo es tan necesario que el método escogido por un científico como seguro y óptimo, revela la convicción que realmente lo anima, aunque la ignorancia se lo oculte o el conflicto con otras primeras razones le vede confesarlo.

Lo que decimos de los individuos lo decimos de las épocas: El Renacimiento, al escoger el experimento sensible como el método omnímodamente demostrativo, manifestó sin duda hasta que punto abrazaba al mundo corporal como a la única realidad y rompía con las sustancias y operaciones espirituales. Tal actitud constituye una especie de pecado original o, mejor dicho, un paso decisivo de incalculable transcendencia en el desenvolvimiento de aquella primera resolución. Se estabiliza en el campo del conocimiento humano como principio científico la ruptura que el hombre había planteado en su esencia metafísica de criatura. Miles y miles de siglos han sido menester para negar la presencia del espíritu y el origen divino del hombre, pero se ha violentado tanto durante tan largo tiempo la lucidez intelectual, que no cuesta nada, hoy, concebir la escala al revés: Que el hombre procede del simio; que la realidad sensible es toda realidad.

Semejantes enunciados son las trompetas de la catástrofe. La perversión del universo en el hombre consta de tres pasos bien precisos.

El primero: La ciencia empírica es la única ciencia propiamente dicha; no existe otra evidencia que la verificable en el campo físico; el conocimiento directamente inducido de la experiencia es último y llegará con el tiempo a ser exhaustivo de la realidad; los conceptos debidos al tercer grado de abstracción —el ser, sus pro-

piedades, la división del mismo en acto y potencia, el principio de causalidad— no tienen fundamento en las cosas sino en la razón misma.

El segundo: El espíritu es producto del hombre. Concebido en un comienzo como un principio panteísta sin principio, luego resulta ser una inexplicable emanación (sublimación) del soma humano. Único inmanente, va logrando su propia posesión por el desarrollo de la autoconciencia. Unas veces se llama racionalidad omnímoda; otras, voluntad igualmente omnímoda. Poderoso y encastillado, genera sus objetos en sí y para sí. Trasciende hacia la realidad sólo por la acción fáctica.

El tercero: El ser sensible, desmenuzado por el ingente proceso analítico de las ciencias empíricas, es recompuesto en síntesis matemáticas, no metafísicas. (Física, química, biología matemáticas; lógica matemática). No se quiere conocer a dicho ser como presencia óptica dependiente de la infinita transcendencia de las primeras causas sino que se intenta estabilizarlo como materia existente por sí. La consecuencia necesaria de esa actitud, es evidente: La propiedad esencial de la materia, lo que ella y exclusivamente ella da al ser, es la cantidad; es por donde revela a la inteligencia, no la forma óptica recepta en su potencialidad, sino, sobretodo, su sermateria. La cantidad, la extensión, es lo único que le es propio, de allí que se la llame su propiedad esencial.

Al llegar a este punto vemos que la localización de la ciencia moderna en el "ens mobile" no es un descuido ingenuo como pareció en un primer momento. El deslumbramiento acusado por la apertura de la física hacia los campos de la experiencia podría explicar el completo descuido de la especificación y subordinación de las ciencias en que se cayó. Pero la supresión obstinada de dichos preámbulos, siendo como son indispensables, no pueden justificarse tan superficialmente.

La ciencia moderna ha revelado en sus últimos estadios, la intención que siempre la ha animado y le ha imprimido esa orientación en continua rencilla con los caracteres perennes de las disciplinas científicas. Es notorio que su actitud fundamental ante el Universo consiste en el repudio de las causas de las cosas. Con tal de ignorarlas ha cometido la bárbara violencia de negar los principios inmediatamente evidentes. Ante este hecho indudable, preguntamos: ¿Qué queda de una ciencia que se niega a conocer las causas? ¿No es acaso esa su pasión esencial, su ser mismo?

En definitiva se entiende que le importa poco la tarea propiamente científica de conocer el ser sensible. Lo que le apasiona es apoderarse de la materia de dicho ser; si es posible, de sus

resortes recónditos para crear un universo del hombre frente al universo de Dios: "Seréis como dioses".

Este movimiento comienza con una labor aún científica, esto es, la analítica, la analítica empírica. Pero observemos que el fin ya no lo es pues le preocupa disgregar para no componer. El análisis se interna en la composición del ser sensible y deliberadamente no retorna más a los formal del mismo: Se complace en mostrar que la química descubre tres o cinco elementos en un gas o un metal considerado como simple por los antiguos; de dichos elementos se proyecta en la molécula, de esta en el átomo; desde el átomo en el electrón y el protón. ¿Desde el protón? Para ese mismo criterio un árbol es un conjunto de células; la célula, protoplasma ¿El protoplasma?

Con el fin de que los datos adquiridos por esos admirables análisis no volvieran a sus causas legítimas, se rompió con la sabiduría. Se desacreditó a sí misma (Nominalismo) y se la desacreditó de todas maneras; la metafísica, el tercer grado de abstracción, la escala de las analogías, el método deductivo padecieron los embates más despiadados. Los filósofos se convencieron de que la realidad no les pertenecía y olímpicamente la despreciaron. Encastillados en las regiones mentales, concibieron al pensamiento en fuerza y actividad creadora inmanente, digna de un dios. La insolencia se desbordó por encima de la medida del hombre. En los fondos de Fichte, de Hegel se vislumbra el latrocinio del ser frente al que Es. En la medida en que nos ensoberbecemos, nos despojamos: Nadie mide la miseria de la filosofía actual. Está reducida al más espectral y enredado de los conceptualismos; sus últimas formas se pueden considerar las manifestaciones seniles de un idealismo bibliográfico. La conversación del filósofo lejos de ser con el universo y sus causas, ha terminado en un balbuceo de libros, opiniones y sistemas de otros filósofos. De esta manera el científico ha logrado su propósito de librarse del sabio; ahora tiene razón al despreciarlo y no permitirle que toque los frutos de sus experimentos.

La ciencia humana no podía quedar en una analítica ingente y disgregante. Si la razón divide es para componer y si evitó de todas maneras, recurriendo incluso a la calumnia, que la sabiduría se ocupara de esa, su tarea más propia ("Sapientis est ordinare", fué porque una antigua intención lograba al fin invadir las ciencias. El hambre moderno no quiere ciencia especulativas sino sólo prácticas y, estas, pragmáticas. En un tiempo, los compadecíamos al verlos insumidos por el torbellino de los trabajos puramente utilitarios. "Pobres —decíamos— encandilados, no entienden que van hacia el vacío". Hoy se nos revela la médula diabólica de ese hervor: Querían llegar al vacío. Si negaron fines y causas a sus acciones e investigaciones, era para algo. Sabían

muy bien lo que hacían cuando Hume confundía inteligencia con imaginación y rompía con el principio de causalidad; cuando Kant despojaba al universo de su sentido teleológico. Estos no eran simples errores o torpezas sino la gradual realización de planes inflexibles que hoy se revelan en toda su sombría proyección: El "Me esconderé de tu Faz" de Caín ha corrido oculto por dentro de tanto nombre distinto, quizá, brillante y hoy aflora en una cargada final.

Era necesario negar de cualquier manera el concierto de las causas y los fines, esconderse de esa elocuencia que impulsa toda cosa hacia el primer Principio, para desglosar la materia, reducirla a sus energías más elementales y recomponerla en un universo donde el hombre desgajado de Dios encuentre una realidad conmensurada por él mismo, liberada de la Faz.

Concluimos, por lo tanto, que la ciencia moderna no busca la verdad sino una materia laborable para hacer su mundo. No queda la menor duda; hoy vemos que el absoluto pragmatismo moderno se proyecta en un fin bien deliberado: La creación de satélites, de ciudades astrales; inútil, tanto como inútil es el fin de los instrumentos que el monje usa para llegar a la contemplación de Dios. La diferencia, sin embargo, es radical; mientras crece el diminuto cosmos humano, el hombre, alejado de sus fuentes, se agrieta, vacía y agoniza arrojándose a la muerte interior del aye sin muerte; el monje se explica y plenifica en el Único necesario; se colma de luz y Vida junto a los ríos de la Sangre y las Aguas.

La ciencia experimental analítica arrebatada la materia a las macro— formas sustanciales, la reduce a un mínimo de información entitativa y a una máxima disponibilidad con respecto del hacer técnico del hombre. Luego la entrega a las matemáticas mediante la lógica matemática, la física y química matemáticas, la bioquímica, la mecánica y, por último la monstruosa standardización de la industria. Por la sabiduría las cosas y los hombres se recomponen y ordenan en la luz como Cosmos del Dios vivo; por las matemáticas son deglutidos por las intenciones fácticas del hombre y convertidos en cosmos del hombre.

La ciencia moderna no busca la verdad. La Universidad oficial ¿La busca?

El católico es el único que custodia a la vilipendiada Sabiduría. Tanta ha sido la mofa en su derredor, que sus guardas —los teólogos de la Iglesia del Cristo— la llevan a modo de cruz, no de corona. Ellos, ejercitados en círculos escolásticos, bajan la cabeza frente a los enemigos y admiten que, de hecho, se la considere una especialización más. Aquí hace falta el árabe que nos diga

su refrán: "El que sabe y no sabe que sabe está dormido, despiértale".

Mas, mucho mejor suena la voz del que Es, fué y será: "La sabiduría clama fuera; en las plazas da su voz; en la cabeza de las turbas, en las puertas de la ciudad profiere su verbo, diciendo:

"¿Hasta cuándo, niños, amaréis la puerilidad y los necios codiciarán lo que les es nocivo y los imprudentes odiarán la ciencia?

"Convertíos a mis requerimientos. Yo derramaré sobre vosotros mi espíritu y os manifestaré mi palabra.

"Pues os he llamado y no habéis escuchado; tendí mis brazos y nadie se ha allegado; porque despreciásteis mis consejos y descuidásteis mis advertencias:

"También yo me reiré de vuestra ruina... Cuando sobrevenga la repentina calamidad y la muerte como tempestad os trague". (Prov. I — 20, 27).

---